

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white sans-serif font on a solid blue rectangular background.

El mensaje social de Juan Pablo II a los pueblos de Africa y de América latina [The social message of John Paul II to the peoples of Africa and Latin America]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Cardenal Bernardin Gantin
Publisher	Ediciones Encuentro
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-09-08 08:11:23
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/213758

estudios

El mensaje social de Juan Pablo II a los pueblos de Africa y de América latina

por el
Cardenal Bernardin Gantin

El Papa, «maestro itinerante»

1. Está fuera de duda que los viajes pastorales de Juan Pablo II a las diferentes partes del mundo ya han asumido el aspecto de una «catequesis itinerante», la catequesis apostólica, como la de Pedro y la de Pablo: Para la Iglesia, para el hombre y para el mundo, forman ya esos viajes parte de la historia. Maestro del Evangelio y Pastor universal, en el curso de sus peregrinajes misioneros —como él gusta llamarles— Juan Pablo II no se limita a aportar una palabra de fe al pueblo de Dios y a «fortalecer a sus hermanos en la fe»: Quiere descender a la realidad concreta de los diferentes pueblos a fin de «encontrar al hombre», de encontrarse entre las gentes, especialmente entre los pobres, los oprimidos, a fin de defender, allí donde fuere, la dignidad de la persona humana.

2. Además de su carácter apostólico bien definido y de sus finalidades estrictamente pastorales —como ha repetido en varias ocasiones dirigiéndose a las autoridades del Estado en Africa y en América latina— los viajes del Santo Padre «comportan igualmente un mensaje muy claro sobre el hombre, sus valores, su dignidad y su vida en sociedad»¹. Este encuentro con el hombre africano o latino-americano se hace en la realidad sociopolítica concreta de hoy: Con los pobres de las «Favelas» de Río de Janeiro y con los «alagados» de Salvador de Bahía; con los campesinos africanos de Kisangasi y con los campesinos mexicanos de Cuilapán o brasileños de Recife y Curitiba; con los obreros de Guadalajara y de Monterrey y con los de la zona industrial de São

¹ Al Presidente de la República del Brasil, n.º 1; *Documentation Catholique* (DC), 1980/15, p. 736.

Paulo; con los pobres del barrio «Las Minas» en la periferia de Santo Domingo y con los de «Santa Cecilia» de Guadalajara; con los «vaqueiros» de las tierras del Sur y con los «camponeses» del Norte; con los «indios» de Oaxaca, de Manaus, de Teresina y con los habitantes autóctonos del Continente de ébano y los «negros» transplantados a América; con los leprosos de Belén, de Bahía y de Adzopé, y con los pobres, los marginados y los subdesarrollados de tantos países africanos.

De ahí resulta un impacto directo que influencia el espíritu y el gran corazón del Papa. Su palabra, siempre respetuosa, noble y equilibrada, se hace al mismo tiempo incisiva y sin equívoco; resulta la voz de los que no hablan, la voz de los que no tienen voz. No hay que asombrarse si ciertos periódicos han definido sus discursos en África como «una bomba moral» y su paso por el Brasil como «un ciclón de esperanza».

3. Con este artículo no pretendo presentar un análisis sistemático y exhaustivo de la enseñanza oficial que el Santo Padre ha dado con ocasión de sus viajes a África y América latina. Sería por otra parte muy difícil detenerse siquiera un instante en todos los puntos sobresalientes de esta enseñanza. Me limitaré, pues, a poner en evidencia ciertos aspectos que me han parecido de una importancia muy particular en razón de su relación con los terrenos de interés propios de la Comisión Pontifical *Iustitia et Pax*, tales como la paz, la justicia, el desarrollo, los derechos del hombre, la colaboración entre los pueblos. La excepcional e impresionante fecundidad oratoria de Juan Pablo II —más de 150 discursos pronunciados en estos viajes— no me permite evidentemente mencionar los numerosos textos que tratan del mismo asunto: Por razones de espacio será necesario efectuar también allí una selección, que me esforzaré por hacer lo mejor posible.

Por una sociedad justa

4. Una relectura atenta de los discursos pronunciados en los dos continentes muestra claramente que *todo el mensaje social del Papa está centrado en el hombre*. En efecto, apenas llegado a tierra brasileña, declara que su «peregrinaje de la fe quiere ser también un peregrinaje hacia el hombre». Lo mismo a su llegada a África: «Una de las razones por las que he emprendido mi primer viaje a través del continente africano —ha dicho al Presidente de Kenya— es ésta: Proclamar la dignidad y la igualdad fundamentales de todos los seres humanos y el derecho al pleno desarrollo de su personalidad en todos los planos, tanto el material como el espiritual»².

² Al Presidente de la República de Kenya, n. 3; *L'Osservatore Romano (OR)*, edición francesa, 20 mayo 1980, p. 8.

5. De este punto central, el Santo Padre deduce, insistiendo en varias ocasiones, la necesidad de crear una sociedad más justa, más pacífica, es decir más humana. Lo hace de manera discreta, pero decidida: No se presenta como especialista en materia económica, política o social, sino que habla con amor y en nombre de la Iglesia «experta en humanidad», indicando el camino a seguir y exponiendo los principios sobre cuya base el hombre puede llegar a una nueva forma de vida común. Quiere igualmente subrayar cómo la Iglesia, al proponer a la humanidad su «mensaje de justicia y de amor... es fiel a su misión y tiene conciencia de contribuir al bien de la sociedad. La Iglesia no considera su papel entrar en las actividades políticas, sino que sabe que está al servicio del bien de la humanidad... y está convencida de que es su derecho y su deber promover una doctrina social, es decir, ejercer una influencia a través de los medios que le son propios para que la vida de la sociedad resulte más justa, gracias a la acción conjunta, decidida pero siempre pacífica, de todos los ciudadanos»³.

Esta misión se realiza al mismo tiempo en una doble perspectiva: La perspectiva escatológica, que considera al hombre como un ser cuyo destino futuro es Dios; y la perspectiva histórica, que considera a este mismo hombre en su situación concreta, viviente en el mundo de hoy. En la primera, la prioridad está dada al anuncio del Reino; en la segunda, a la dimensión pastoral de la acción social de la Iglesia. El mensaje de la Iglesia es siempre esencialmente «un mensaje de paz y de orden social justo». A este respecto, las palabras dirigidas a los obreros de São Paulo son muy reveladoras y aclaratorias: «La Iglesia, cuando proclama el Evangelio, busca también obtener, sin por ello olvidar su papel específico de evangelización, que todos los aspectos de la vida social en que se manifiesta la injusticia experimenten una transformación por la justicia. El bien común de la sociedad exige, como exigencia fundamental, que la sociedad sea justa»⁴.

6. Con una intuición profunda, Pablo VI había definido el desarrollo como el nuevo nombre de la paz; con tanta sagacidad, Juan Pablo II ha declarado que el bien común es «el nuevo nombre de la justicia»⁵. Este bien, como todo el mundo sabe, valoriza y justifica la autoridad comprendida como servicio: En efecto, aquellos que tienen el poder son los primeros en deber trabajar por el bien común. Por esto en Brasilia, el Santo Padre expresa al Presidente su estima profunda respecto a la autoridad civil: «El mandato que habéis recibido os confiere el privilegio —que es igualmente un compromiso— de servir al bien común...». Por esta misma razón, con ocasión del encuentro

³ A los «forjadores de la sociedad pluralista», Salvador de Bahía, n. 7; *DC* 1980/15, p. 777.

⁴ A los obreros, São Paulo, n. 3; *DC* 1980/15, p. 761.

⁵ *Ibid.*, n. 4; p. 761.

con los diplomáticos acreditados en los países de los dos continentes, les repetía que «el poder está al servicio de la justicia». A los obreros les volverá a decir a continuación que «todo poder encuentra su justificación únicamente en el bien común, en la realización de un orden social justo»; y dirigiéndose a los trabajadores que constituyen las fuerzas portadoras del progreso, afirmará: «Vosotros que os llamáis artífices de la sociedad, vosotros tenéis entre las manos un cierto poder en razón de vuestras posiciones, de vuestras situaciones y de vuestras actividades. Empleadlos al servicio de la justicia social. Rechazad el razonamiento que se inspira en el egoísmo colectivo de un grupo, de una clase, o que se funda en una motivación de provecho material unilateral... Aplicad vuestro poder al servicio de la solidaridad que engloba a todos los hombres y, en primer lugar, a los que son los más desfavorecidos... Poneos del lado de los pobres, coherentes con la enseñanza de la Iglesia...»⁶.

7. En su gran deseo de ayudar a los pueblos en vías de desarrollo a construir una sociedad mejor, el Santo Padre constata, sobre la base de datos y de circunstancias existenciales, que para alcanzar su fin la sociedad deberá vencer *dos amenazas* que pesan actualmente sobre ella. Se trata en primer lugar de una amenaza *exterior* que alcanza a su soberanía política, económica, social y cultural, sea por el uso de las armas, sea por el más de las ideologías. Además, existe una amenaza *interior*, constituida por la persistencia de la injusticia, por la falta de justicia. «Esta amenaza a partir del interior —enseña el Papa— existe realmente cuando, en el plano de la distribución de los bienes, se confía únicamente en las leyes económicas del crecimiento y del mayor beneficio; cuando los resultados del progreso no tocan más que marginalmente, o no tocan en absoluto, a grandes capas de la población. Existe también en la medida en que persiste un abismo profundo entre una minoría muy grande de ricos y una mayoría que vive en la necesidad y la miseria»⁷. Es evidente que estas palabras se refieren a los abusos de un *materialismo de tipo liberal-capitalista* cuyos efectos, lesivos gravemente para el bien común y la dignidad humana, deben ser claramente denunciados y enteramente corregidos. Pero el Papa entrevé otra amenaza interior para la sociedad, una amenaza proveniente de un materialismo opuesto al primero, y que considera a la violencia como el único medio de crear una sociedad nueva: *El marxismo*. En Brasil, dirigiéndose a 150.000 obreros, estigmatiza en estos términos el uso de la fuerza: «El bien común de la sociedad... no puede obtenerse por la violencia, pues la violencia destruye aquello que pretende crear, ya sea porque trata de mantener los privilegios de algunos, ya sea porque trata de imponer las transformaciones necesarias. Las modificaciones exigidas por el orden social

⁶ A los «forjadores de la sociedad pluralista», Salvador de Bahía, n. 6; DC 1980/15, p. 777.

⁷ A los obreros, São Paulo, n. 3; DC 1980/15, p. 761.

justo deben ser realizadas... por la vía de las reformas pacíficas. Este es el deber de todos»⁸.

8. El bien común de la sociedad no será, pues, realizado ni por el absoluto de una economía automática y opresora, ni por un materialismo de violencia de origen marxista. El Papa es muy realista: No se hace ninguna ilusión en cuanto a la complejidad del problema. Sabe muy bien que la justicia social no puede ser el resultado espontáneo del desarrollo económico. «La economía será viable únicamente si es humana, para el hombre y por el hombre»⁹. Prevé con clarividencia que ella podría ser la alternativa a las reformas y por esto insiste en varias ocasiones sobre el rechazo de la violencia revolucionaria. El hilo del discurso lleva así a denunciar explícitamente *la lucha de clases*, que juzga expediente inaceptable e ilusorio para la construcción de una sociedad justa, «porque ella entraña tras de sí el riesgo de invertir las condiciones de los antagonistas creando nuevas situaciones de injusticia. No se construye nada sobre la ausencia de amor y aún menos sobre un odio que apunta a la destrucción del otro»¹⁰. En su enseñanza social y pastoral, la Iglesia ha criticado tanto el capitalismo liberal como el colectivismo marxista proponiendo, a la luz del Evangelio y de la antropología cristiana, su propia «vía», la de la «civilización del amor».

9. Esta civilización del amor, el Papa la indica como objetivo a alcanzar a una sociedad amenazada por dos formas de materialismo. Para realizarla no basta con limitarse al rechazo de la dialéctica de la lucha de clases, sino que es necesario «optar resueltamente por una noble lucha en favor de la justicia social. Los diversos centros de poder y los diferentes representantes de la sociedad deben ser capaces de unirse, de coordinar sus esfuerzos y de llegar a un acuerdo sobre proclamas claros y eficaces. *En eso, subraya Juan Pablo II, consiste la fórmula cristiana para crear una sociedad justa*»¹¹. Unión, coordinación y programas deben, pues, llevar a transformaciones valientes, profundamente innovadoras, empresas con coraje y decisión, con prudencia y eficacia, conformándose a los criterios de los principios cristianos, a la justicia objetiva y a una ética social auténtica. Esa es la primera condición «sine qua non». La segunda está constituida por la metanoia, por la conversión del corazón. Sin esta mutación espiritual de cada hombre, las situaciones de injusticia no podrán desaparecer: «Se podrá —ha dicho el Papa— cambiar la estructura política o el sistema social; pero, sin cambio de corazón y de conciencia, el orden social justo y estable no será instaurado»¹².

⁸ *Ibid.*, n. 4; p. 761.

⁹ *Ibid.*, n. 6; p. 762.

¹⁰ *Ibid.*, n. 4; p. 761.

¹¹ *Ibid.*

¹² *Ibid.*, n. 5; p. 762.

El respeto de la dignidad humana: Derechos y deberes del hombre

10. He venido a Africa, declara el Santo Padre en Accra, para realizar una misión que me ha sido confiada por la Divina Providencia, «la misión de proclamar la dignidad y la igualdad fundamental de todo ser humano y su derecho a vivir en un mundo de justicia y de paz, de fraternidad y de solidaridad»¹³. «Pido a Dios —ha repetido en Brasilia— que cada brasileño, de nacimiento o de adopción, respete y vea siempre respetados los derechos fundamentales de toda la persona humana»¹⁴. La dignidad humana —el derecho para el hombre a «ser hombre»— está siempre presente en todos los discursos del autor, de la «Redemptor Hominis». Esa dignidad es la fuente misma de todos los derechos y de todos los deberes del hombre; por eso Juan Pablo II la defiende en cualquier ocasión, lo mismo dirigiéndose a los Jefes de Estado que hablando a los más humildes obreros. El hombre tiene el derecho a exigir que la sociedad respete esta dignidad y le permita llevar una vida conforme a esa dignidad. A justo título, en el discurso a la OEA en octubre último, el Santo Padre ha indicado en la persona el criterio único que da un sentido y una orientación a todos aquellos que son responsables del bien común. Situar al hombre en el centro de la actividad social significa, según las palabras del Papa a los forjadores de la sociedad pluralista, sentirse «preocupados por todo lo que es injusticia, porque eso ofende su dignidad», considerada como un valor evangélico, que no puede ser despreciado sin ofender gravemente al Creador.

11. «Proclamar y defender los derechos del hombre, sin hacerles pasar por delante de los derechos de Dios, ni olvidar los deberes que les corresponden es una constante de la vida de la Iglesia, en virtud del Evangelio que le es confiado»¹⁵. La Iglesia, en efecto, se incorpora a los esfuerzos que tienen por objeto salvaguardar las libertades fundamentales de cada persona humana; se aflige cuando constata el aumento de sus violaciones en el mundo, y no cesa de invitar a los cristianos y a todos los hombres de buena voluntad a respetar y promover esos derechos, «derechos a la vida, a la seguridad, al trabajo, al alojamiento, a la salud, a la educación, a la expresión religiosa privada y pública, a la participación, etc. Entre todos esos derechos —remarca Juan Pablo II— es imposible no subrayar incluso como prioritarios el derecho de los padres a tener los hijos que deseen, recibiendo al mismo tiempo lo necesario para educarles dignamente, y el derecho a la vida del niño, para nacer»¹⁶.

¹³ Al Cuerpo Diplomático acreditado en Accra, n. 1; DC 1980/11, p. 541.

¹⁴ Al Presidente de la República del Brasil, n. 6; DC 1980/15, p. 737.

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ *Ibid.*

12. *En Africa*, con una sensibilidad muy significativa, el Papa ha consagrado una atención muy particular a ciertos casos específicos de violación de los derechos del hombre. Recordemos: *La libertad religiosa y de conciencia* como elemento esencial de la promoción «del respeto de todas las libertades inalienables de la persona» y como condición esencial para el diálogo y para una cooperación eficaz entre Iglesia y Estado en orden al servicio del bien común; *la condena del racismo y de la discriminación racial*, definidas como «anti-evangélicas», «un mal» detestable; *la protección de los refugiados*, esos extraños sin patria que también tienen «derecho a la libertad y a una vida conforme a su dignidad humana»¹⁷.

13. Por el contrario, *en el Continente latinoamericano*, el Santo Padre ha recordado la necesidad de respeto a los otros derechos particulares, entre ellos: a) *El derecho al trabajo*, con los problemas de la migración y del paro que comporta. Respecto a este último, el Santo Padre insiste en que no habría que contentarse con esperar que se resuelva como milagrosamente por el progreso económico, ni considerarlo como una consecuencia secundaria del desarrollo. «La teoría y la práctica económicas deben tener el coraje de considerar el empleo y sus posibilidades modernas como el elemento central de sus objetivos»¹⁸. A propósito del drama de las migraciones interiores y al extranjero, tras haber estigmatizado sus causas y deplorado sus consecuencias en razón del desarraigo cultural y lingüístico que imponen y las dificultades que ellas comportan, el Papa ha declarado que la Iglesia continuará proclamando para cada hombre y cada mujer, sin dejar jamás de hacerlo, «el derecho a permanecer libremente en su propio país, a tener una patria, a emigrar al interior o al exterior y a establecerse allí por razones legítimas, a vivir en todo lugar con su propia familia, a disponer de los bienes necesarios para la vida; el derecho del hombre a conservar y a desarrollar su patrimonio étnico, cultural, lingüístico, a profesar públicamente su propia religión, a ser reconocido y tratado conforme a su dignidad de persona en todas las circunstancias»¹⁹. b) *La cultura y sus derechos*. La cultura es siempre humanizante. Su finalidad no se limita a la promoción del pensamiento y de la acción, sino que es sobre todo formación de la conciencia, educación del hombre para ser hombre, visión del hombre como un «ser» y no simplemente como un «existente». «Hacer cultura —ha dicho el Santo Padre a los hombres de la cultura— es dar al hombre, a todo hombre y a la comunidad de los hombres, su dimensión humana y divina...»²⁰. La promoción de la cultura en el mundo es una

¹⁷ Al Cuerpo Diplomático acreditado en Nairobi, n. 8; DC 1980/11, pp. 528.

¹⁸ A los obreros, São Paulo, n. 5; DC 1980/15, p. 762.

¹⁹ Homilía en Fortaleza, n. 5; DC 1980/16, p. 797. Cf. «L'Eglise et la mobilité humaine», n. 3; DC 1978/2, p. 562.

²⁰ A los hombres de la cultura, Río de Janeiro, n. 3; DC 1980/15, p. 744.

condición y una prueba del progreso auténtico, de la cual depende en gran medida la victoria de la paz y de la justicia en las naciones y en cada continente.

Tierra y trabajo

14. Otro problema que ha ocupado la atención pastoral del Santo Padre en África y en América latina ha sido el de la tierra y el trabajo. Se sabe que la mayor parte de la población del Tercer Mundo vive en las zonas rurales y depende esencialmente en su subsistencia y desarrollo de los productos de la tierra.

Las tierras incultas y abandonadas, las grandes propiedades territoriales, las especulaciones sobre el suelo, el desarraigo de las poblaciones de sus terrenos de origen, la sequía, crean condiciones de sufrimiento y de injusticia para numerosas familias que viven al margen de la sociedad, en la indigencia, en la insalubridad y en el analfabetismo. Desde hace demasiado tiempo —hacia notar Juan Pablo II a los miembros de la FAO— el sector agrícola ha estado y continúa estando al margen del progreso de los niveles de vida, y es un sector afectado de forma particularmente dolorosa por el cambio sociocultural rápido y profundo de nuestra época, perpetuando así las injusticias heredadas del pasado y obligando a migraciones masivas que frustran y desequilibran a los individuos, las familias y las sociedades. Consciente de este estado de cosas, el Santo Padre ha querido aportar su palabra llena de afecto y de esperanza a los pueblos rurales de África, los más sometidos a dolorosa prueba en su trabajo por una tierra pobre y avara, árida a causa de la sequía prolongada; a la inmensa multitud de «campesinos» —parte predominante del Continente latinoamericano; y a los «indios» del Nuevo Mundo. Pero al mismo tiempo ha querido también llamar la atención del mundo entero, presentando a este respecto algunas reflexiones sociales.

15. *La tierra es para los hombres.* En su discurso a los «indios» y a los campesinos de Cuilapán, Juan Pablo II ha definido la función y la finalidad de la propiedad privada, defendiendo su «derecho legítimo», pero afirmando igualmente que una hipoteca social pesa siempre sobre ella, pues los bienes deben servir al destino general que Dios les ha dado. El Santo Padre subraya que esto vale igualmente respecto al mundo rural y la tierra, puesto que Dios ha puesto la tierra a disposición del hombre.

La tierra «*es un don de Dios*, un don que El hace a todos los seres humanos...»: No está, pues, permitido, por contrariar el designio divino, administrar ese don de tal modo que sus beneficios no estén reservados más que a un pequeño número, mientras que los otros, la inmensa mayoría, quedan excluidos de ellos. «Más grave aún es el desequilibrio y más clamorosa

la injusticia que se une a él cuando esta inmensa mayoría se ve condenada por esto a una situación de carencia, de pobreza y de marginalización». En esta perspectiva, subraya el Santo Padre, no puede admitirse que en el desarrollo social general «sean excluidos del verdadero progreso digno del hombre precisamente los hombres y las mujeres que viven en medio rural, aquellos que penan por hacer productiva la tierra, gracias al trabajo de sus manos y que necesitan de la tierra para alimentar a sus familias»²¹.

16. Pero no basta con disponer de tierras en abundancia: También es precisa «una legislación justa en materia agraria»²², una legislación que respete la dignidad de la persona, que sirva al bien de todos y no únicamente de personas privadas o de ciertas minorías, una legislación que sea aplicada. Es, pues, indispensable que aquellos que tienen el mandato de asegurar los bienes de todos se inspiren en sus decisiones en los más altos valores cristianos para la defensa del hombre que trabaja la tierra que, también él, está comprometido en la construcción de una sociedad más humana. El principio según el cual la organización social debe estar al servicio del hombre, y no el hombre al servicio de la organización, es un axioma de la enseñanza social de la Iglesia. Ahora bien, continúa el Santo Padre, las iniciativas a adoptar en el sector agrícola deben ser «en favor del hombre, sea en el *plano legislativo*, en el dominio *judicial*, o en el plano de la *salvaguardia de los derechos* de los ciudadanos»²³.

Se sabe que el agricultor está profundamente vinculado a la tierra que cultiva. «Arrancarle de su terruño lanzándole a un éxodo pleno de incertidumbres en dirección de las grandes metrópolis, o no asegurar sus derechos a la posesión legítima de la tierra, es despreciar sus derechos de hombre y de hijo de Dios. Es introducir un peligroso desequilibrio en la sociedad». Muy significativo a este respecto es el llamamiento lanzado por el Papa para que se reconozca a los «indios» el «derecho» a habitar la tierra de sus ancestros, quienes fueron sus primeros habitantes y propietarios²⁴.

17. ¿Cuáles serán las *aplicaciones concretas* y urgentes que deberá adoptar en el dominio rural una sociedad que quiera ser justa? Juan Pablo II señala algunas:

- Ante todo, asegurar siempre, en condiciones iguales, a la vez el progreso técnico e industrial y una atención prioritaria a las cuestiones agrícolas, tan indispensables en nuestros días.

²¹ Homilía a los trabajadores de la tierra, Recife, n. 4; DC 1980/16, p. 790.

²² *Ibid.*

²³ *Ibid.*

²⁴ Cf. a los indios del Amazonas; DC 1980/16, p. 805. Homilía de la Misa en Manaus, n. 2; DC 1980/16, p. 791.

- Evitar crear situaciones lesivas para la dignidad de las poblaciones rurales: Esas situaciones no sólo constituirían una violación de los derechos de Dios y del hombre, sino que serían ruinosas para la sociedad, pues ellas favorecerían otras iniciativas inspiradas por el odio y por la violencia.
- El trabajo está hecho para el hombre, y no el hombre para el trabajo; es, pues, indispensable asegurar a los trabajadores de la tierra —y de toda otra rama de la producción— la posibilidad de obtener de ella los medios necesarios y suficientes para hacer frente con dignidad a sus responsabilidades familiares y sociales. «Nunca el hombre es un simple “instrumento” de producción», ha subrayado el Papa.
- Velar para que la sociedad de consumo, no controlada por la ética, no conduzca en definitiva a los ricos a limitar la libertad de los que sufren en la miseria y la indigencia.
- En lo que concierne a los bienes de primera necesidad, es preciso absolutamente que no haya «capas sociales privilegiadas». El Papa estigmatiza la presencia de desigualdades desgarradoras en el modo de vida entre los medios urbanos y los medios rurales, e invita a todo el mundo —poderes públicos, grupos sociales, ciudadanos— a sentirse comprometidos en el esfuerzo por eliminarlas, o al menos por reducirlas en cuanto es posible hacerlo.
- No se puede bajo ningún pretexto negar a los trabajadores de la tierra —ni a los demás trabajadores— «el derecho a participar y comunicar, en un espíritu de responsabilidad, en la vida de las empresas, en las organizaciones destinadas a definir y a salvaguardar sus intereses, e incluso en la... transformación de las estructuras de la vida económica»²⁵.

Su presencia activa en los diferentes sectores sociales supone siempre, señala el Santo Padre, «una economía al servicio del hombre». Con el fin de que esta participación sea constructiva, allí donde fácilmente se manifiestan las oposiciones entre intereses colectivos e intereses privados, entre instinto de lucha y deseo de dominio, «se impone *una conversión previa de los espíritus, de las voluntades y de los corazones*; la conversión del hombre al hombre... en su plenitud trascendente»²⁶.

Ese es, como veremos, el punto fundamental para resolver de raíz los problemas de la injusticia y llegar a una promoción y a una liberación reales del hombre. Es esa la única vía a recorrer: la viabilidad del porvenir depende precisamente de esta conversión hacia el hombre, para hacer de él la razón central de toda técnica y de todo progreso.

²⁵ Homilía a los trabajadores de la tierra, Recife, n. 6; DC 1980/16, p. 791.

²⁶ *Ibid.*

18. En lo que concierne a la *relación entre el hombre y la tierra*, Juan Pablo II resalta con inquietud que el ser humano, llamado por Dios a «dominar» y a «cultivar» la tierra, parece con frecuencia no ver en su entorno cultural otro sentido que el de «servir a un uso y un consumo en lo inmediato. Por el contrario, la voluntad del Creador era que el hombre entre en comunión con la naturaleza como su “dueño” y su “guardián” inteligente y noble, y no como su “explotador” y su “destructor” sin ningún miramiento» (*Redemptor Hominis*, n. 15). Esta inquietud no es simplemente ecológica: Todo el mundo conoce además la gravedad de la insuficiencia alimenticia y la complejidad, a escala mundial, de los problemas que plantean la desigualdad y la diversidad de la producción agrícola. Por esto el Papa ha dicho a los habitantes de El Zaire: «Vuestro país debe satisfacer sus necesidades alimenticias: Los productos agrícolas son más necesarios que ciertos productos de lujo. El desarrollo industrial de los países africanos necesita del desarrollo agrícola»²⁷. Y él ha re-expresado la misma idea al pueblo brasileño: «Aprovechad y dominad los recursos; haced que ellos rindan cada vez más en favor del hombre de hoy y de mañana... En lo que concierne al uso de la tierra, debe... pagarse un tributo de austeridad para no debilitar, reducir o, aún peor, hacer insoportables las condiciones de vida de las generaciones futuras. La justicia y la humanidad lo exigen»²⁸. El hecho de pensar en las generaciones futuras constituye el principio de una programación política avisada, pero igualmente y sobre todo la expresión de la conversión de una sociedad que rechaza el egoísmo del consumo sin freno, insensible a las necesidades, presentes o futuras.

19. La visión cristiana de las realidades terrestres, ancladas en lo Absoluto, induce al Santo Padre a presentar a los trabajadores, a los que creen en Cristo, el concepto cristiano del trabajo como «una verdadera vocación para transformar el mundo... Es así como la persona humana se realiza desde ahora y contribuye a la humanización creciente del mundo y de sus estructuras»²⁹. Esta concepción parte de la fe en Dios Creador y, por la mediación de Cristo redentor, lleva a la edificación de la solidaridad humana. Sin esta visión toda construcción social es incompleta y caduca. Si se os dijera —ha afirmado claramente Juan Pablo II a los obreros en el estadio de São Paulo— que para defender las conquistas del trabajo «es necesario poner a un lado y hasta borrar esta visión cristiana de la existencia ¡no lo creáis! El hombre sin Dios y sin Cristo construye sobre arena. Traiciona a su propio origen y su propia nobleza». Con el fin, justamente, de animarles a tomar conciencia de la

²⁷ Homilía en Kisangani, n. 7; DC 1980/11, p. 518.

²⁸ Homilía a los trabajadores de la tierra, Recife, n. 7; DC 1980/16, p. 791.

²⁹ Discurso en el estadio «Jalisco», Guadalajara, n. 2; DC 1979/4, p. 180.

dignidad de su persona y de su trabajo, el Papa no ha dudado en decir a los trabajadores de la tierra africana —en Kisangani—: «¡No aceptaréis que los campesinos sean considerados como hombres o mujeres de segunda!»

Pobres y ricos

20. A lo largo de su *iter apostolicum*, el Santo Padre ha tenido la ocasión tanto en Africa como en América Latina, de observar personalmente el rostro macabro del hambre y de llamar la atención del mundo sobre la gravedad del problema de la pobreza extrema y sobre la utilización social de las riquezas. Visitando las «favelas» en Río de Janeiro y en Salvador de Bahía, centros neurálgicos de la «geografía del hambre y la marginalidad» ha querido lanzar su llamada suplicante y severa al mundo de la opulencia, y dirigir una palabra llena de amor a los hermanos pobres, inspirándose en la página más sublime del Evangelio.

A la luz de la primera de las ocho bienaventuranzas, «bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos» (Mt. 5,3), el Papa ha tratado largamente del tema de la pobreza, dando a sus palabras, el sabor mismo de la doctrina de Cristo y la eficacia de Su palabra.

La bienaventuranza de la pobreza es la de los pobres, de los pobres de espíritu. Los «pobres de espíritu» son todos aquellos que «*están abiertos a los otros: a Dios y al prójimo*. A Dios, por conscientes de haber recibido todo de sus manos providentes; al prójimo, porque ellos son los más misericordiosos, los más generosos y magnánimos, pues «ellos están dispuestos a aportar una ayuda eficaz: Dispuestos a compartir lo que ellos tienen»³⁰.

21. Por una consecuencia lógica, afirma el Soberano Pontífice, los *ricos* son aquellos que permanecen «cerrados a Dios y a los hombres». Por esto, ellos están «fuera del Reino», no reciben las bendiciones del Redentor, antes bien sus amenazas terribles. «¡Ay de vosotros los ricos!» (Lc. 6,24), porque ellos utilizan su riqueza de forma egoísta, sin cuidarse de aquellos a los que falta lo necesario. El Papa explica a los trabajadores de la tierra en Recife que, en la parábola del mal rico, «Cristo no condena al rico por ser rico, sino porque no se hace cargo de la situación de penuria del pobre», porque no respeta su dignidad. ¡Bienaventurados los pobres, los pobres en bienes materiales, «que conservan, pese a todo, su dignidad de hombre!» ¡Incluso en el seno de la riqueza, son también pobres y bienaventurados aquellos que saben desprenderse de sus bienes y de su poder «para ponerlos al servicio de los necesitados, para comprometerse en la búsqueda de un orden social justo, para promover

³⁰ En la «Favela Vidigal», río de Janeiro, n. 2; DC 1980/15, n. 755.

los cambios de actitudes necesarias, a fin de que los marginados puedan hallar un lugar en la mesa de la familia humana!»³¹.

22. La Iglesia de los pobres —afirma el Santo Padre³²— quiere sacar de la enseñanza de las bienaventuranzas lo que concierne *a cada hombre*:

A los que viven en la miseria, la Iglesia les anuncia que están particularmente próximos de Dios y de su Reino, porque ellos necesitan ayuda y reconfortamiento, pero ella les recuerda a la vez que no les está permitido ni a ellos ni a nadie reducirse a la miseria y reducir a ella a sus propias familias.. «En la pobreza importa conservar todo la dignidad humana y también esa magnanimidad, esa apertura de corazón a los otros, la disponibilidad por la cual se distinguen precisamente... los pobres de espíritu».

A los que poseen lo necesario y que viven en un desahogo relativo, la Iglesia de los pobres les dice: «¡Gozad de los frutos legítimos de vuestro trabajo y de vuestro espíritu de empresa, pero, en nombre de Cristo, en nombre de la fraternidad humana y de la solidaridad social, no os encerréis en vosotros mismos! ¡Pensad en los más pobres!... ¡en aquellos que sufren hambre! Y compartid con ellos... de una forma programada y sistemática».

A los que tienen de más y viven en el lujo y la abundancia les recuerda que el hombre vale no por lo que «tiene», sino por lo que «es». El rico no debe olvidar «que puede valer (en el fondo de sí mismo y a los ojos de Dios) mucho menos que uno de esos pobres y de esos desconocidos»: Que el rico puede casualmente ser mucho menos hombre que el pobre. Que aquellos que poseen con profusión «eviten cerrarse sobre sí mismos, que eviten el apego a sus propias riquezas, la ceguera espiritual... Que toda la verdad del Evangelio... no deje de acompañarles. ¡Que esta verdad les inquiete! Que sea para ellos un aviso continuo y un desafío... ¡Si tú tienes mucho... recuerda que debes dar mucho!»

La Iglesia de la primera bienaventuranza se dirige igualmente a las sociedades, a los grupos, a las clases sociales, a los sistemas, a las estructuras políticas, económicas, y les dice: «¡Haced todo, vosotros particularmente que tenéis un poder de decisión, vosotros de quienes depende la situación del mundo, haced todo porque la vida de cada hombre, en vuestra tierra, resulte “más humana”, más digna del hombre! Haced todo para que desaparezca, al menos progresivamente, ese abismo que separa a los “excesivamente ricos”, poco numerosos, de las grandes multitudes de pobres, de

³¹ Homilía a los trabajadores de la tierra, Recife n. 5; DC 1980/16, p. 790.

³² Cf. En la «Favela Vidigal», Río de Janeiro, n. 4 y 5; DC 1980/15, pp. 755-756.

aquellos que viven en la miseria... ¡Hacedlo en consideración al bien común de todos. Y hacedlo en consideración a vosotros mismos!»

23. Al definirse como «de los pobres», la Iglesia expresa *una predilección y no una exclusión*. Cuando ella se dirige a todos los hombres en el lenguaje del Evangelio para pedir una más justa distribución de los bienes, no entiende ser ni llegar a ser la «Iglesia de una clase o de una casta». ¡La Iglesia es universal, es la Iglesia del misterio de la Encarnación!

Menos aún desea servir de cobertura ideológica en favor de ciertos sistemas enóquicos de explotación, ni colaborar con movimientos que fomenten tensiones, divisiones y luchas intestinas. «La única lucha, la única batalla que la Iglesia quiere servir es *la noble lucha por la verdad y la justicia*»³³, lucha que realiza «con “la espada de la palabra”», animando y prodigando las advertencias, sin jamás servir a las finalidades políticas o a la lucha por el poder.

24. En São Paulo, el Santo Padre ha dado a los cristianos de todas las condiciones una consigna social: «¡Felices los pobres de espíritu! —ha dicho—. Estas palabras son válidas para cada uno de nosotros... Adquirir el espíritu de pobreza, eso es lo que Cristo pide de nosotros. Aquellos que tienen bienes deben adquirir el espíritu de pobreza, deben abrir su propio corazón a los pobres, pues si no lo hacen las situaciones injustas no cambiarán... (Y) aquellos que se hallan en la necesidad deben, también ellos, adquirir el espíritu de pobreza, no permitiendo que la pobreza material les quite su dignidad humana, pues esta dignidad es más importante que todos los bienes»³⁴.

En el discurso pronunciado en la «Favela dos Alagados», Juan Pablo II vuelve sobre esta idea desarrollándola a la luz del principio de la «self-reliance». Los pobres, afirma, deben ser conscientes de no ser simplemente «objeto de beneficencia», sino sujetos «activos» en la construcción de su destino, pudiendo plenamente realizar «su derecho a ser los primeros artífices de su promoción humana». No es la voluntad de Dios que los pobres vivan una vida sub-humana o se encuentren en una situación de miseria. Es verdad, observa el Papa, que no siempre es fácil salir de este estado de cosas, y que eso no depende exclusivamente de ellos: «Pero sois vosotros —insiste dirigiéndose a los favelados— quienes debéis ser siempre los primeros en mejorar vuestra vida en todos los aspectos. Desear sobrepasar las malas condiciones, daros las manos unos a otros para buscar juntos días mejores, *no esperarlo todo de fuera*, sino comenzar a hacer todo lo que podáis, esforzaros por instruiros para tener más posibilidades de mejora, tales son algunos pasos hacia adelante importantes en vuestra marcha»³⁵. La ayuda de otro no debe inducir a los

³³ *Ibid.*, n. 5.

³⁴ A los obreros, São Paulo, n. 5; DC 1980/15, p. 762.

³⁵ En la «Favela dos Alagados», Salvador de Bahía, n. 3; DC 1980/16, p. 788.

pobres a renunciar a su capacidad de mejorar su suerte por sí mismos: Ellos deben tratar con toda seguridad de eliminar la pobreza, pero «no para aspirar a las riquezas de iniquidad, sino a la dignidad de hijo de Dios».

Mirando al porvenir

25. Quisiera acabar estas modestas consideraciones llamando de nuevo la atención sobre algunas observaciones concernientes al *problema del desarrollo*.

En Abidjan, diciendo adiós al Africa, Juan Pablo II ha definido a este continente como «una gran cantera, desde todos los puntos de vista, con sus promesas y también, tal vez, sus riesgos». Durante su estancia en Africa, de manera paternal pero clara, ha puesto en guardia a las poblaciones contra una serie de problemas que hacen aún más inquieta su vida social y política, tales como el abuso y la corrupción del poder, los límites a la participación del ciudadano en la vida política, las luchas tribales, la marginalización del mundo rural, la explotación del pobre, del trabajador, del emigrante. Por esto en sus discursos el Papa ha propuesto una *vía africana para el desarrollo* que no retome sin espíritu crítico los modelos occidentales, sino que, sobre la base del predominio de los valores espirituales de los que los africanos tienen una comprensión nativa, debería conducir a un humanismo trascendente, conatural al alma africana.

26. El primer paso hacia este desarrollo social consiste en *la defensa de la soberanía efectiva de sus pueblos*. Se sabe que, para obtener su independencia política, los Estados africanos han tenido que recorrer un camino largo y difícil al precio de esfuerzos y de una tenacidad sin par. Si la autodeterminación es un derecho que debe ser reivindicado por cada pueblo en nombre de la justicia y la dignidad nacional, ella exige a la vez que la autoridad del Estado en su propio territorio, con la participación real de los ciudadanos, pueda gozar de una libertad completa y legítima, en todos los niveles de la vida política y social, tanto interiores como exteriores. «Con un asombro teñido de tristeza —resalta el Papa— se constata que este continente está... marcado por influencias dirigidas desde el interior o desde el exterior, que so capa de ayuda económica frecuente, en realidad (se mueven) en la perspectiva de un interés que no tiene de verdaderamente humanitario más que su etiqueta»³⁶.

Estas situaciones pueden dar lugar a formas de violencia, veladas o abiertas, entre Naciones y entre grupos étnicos. «Ello no es digno del hombre —ha dicho Juan Pablo II al Cuerpo Diplomático de Kinshasa— y ello no es digno en particular del hombre africano, que tiene sentido de lo que se llama, según

³⁶ Al Cuerpo Diplomático acreditado en Kinshasa, n. 5; OR (diario), 5-6 mayo 1980, p. 3.

creo, la palabra, es decir, de la confrontación leal por la conversación y la negociación».

27. *La salvaguarda de la identidad cultural africana*, nacional y continental, constituye el segundo paso. El Santo Padre ha exhortado a los africanos a ser ellos mismos; a encontrar entre las numerosas posibilidades aquella que lleve a un desarrollo «auténticamente africano» en lo que concierne a la elección fundamental para el hombre. Allí donde se vaya, se alegra el Santo Padre, puede admirarse «una empresa considerable en favor del desarrollo... del progreso del hombre y de la sociedad». Subraya sobre todo el valor de las *raíces africanas* para la realización de este desarrollo social y moral a la medida del hombre y de una forma original. Si Africa quiere ser fiel a sí misma, «de día en día debe ser cada vez más fiel a su propia herencia, no por una razón de oposición o de antagonismo respecto a otras, sino porque crea en la verdad de ella misma»³⁷. Solamente la salvaguarda de su identidad, fundada sobre los valores auténticos de su pueblo, le permitirá construir los fundamentos de un desarrollo logrado. En Ghana en particular, el Papa ha insistido en este punto: «Digo... a Ghana y a toda Africa: Preservad vuestra cultura; permitidla enriquecerse con intercambios con otras culturas, pero no la dejéis morir. Guardadla viva, y ofrecedla como vuestra contribución a la comunidad mundial».

28. *El rechazo de una concepción errónea del progreso* constituye el tercer paso. Para alcanzar el progreso, Africa debe recorrer aún un largo camino: Los métodos pueden ser diversos, pero a todo precio hay que rechazar las concepciones erróneas provenientes de ideologías extrañas al alma africana. En varias ocasiones, el Papa se ha sentido en el deber de poner en guardia contra este riesgo a los pueblos africanos, que tienen un sentido tan profundo de la comunidad. Les ha invitado a cultivar ese sentido de una manera auténticamente cristiana, sin dejarse influenciar por las corrientes materialistas o de consumo. El verdadero modelo de progreso —ha afirmado en el Zaire— no es el que exalta únicamente los valores materiales, sino el que reconoce la prioridad de los valores espirituales.

29. *Paz, justicia y reformas sociales* son por el contrario, según Juan Pablo II, las condiciones indispensables que deben guiar a la *América latina*, «el Continente de la esperanza», hacia un porvenir de bienestar y de progreso. A tal efecto, cada nación latinoamericana deberá ante todo considerar su deber *conservar la paz y la seguridad interior*. Una paz segura y serena es la «base del trabajo común y el compromiso de todos por el progreso y el bienestar comunes»³⁸. Sin embargo, como lo ha hecho notar dirigiéndose al Cuerpo Diplomático en Brasilia, cada nación debe «merecer» esta paz asegurando el

³⁷ Al Cuerpo Diplomático acreditado en Nairobi, n. 11; DC 1980/11, p. 529.

³⁸ Al Presidente de la República del Brasil, n. 6; DC 1980/15, p. 737.

bien común y el respeto de los derechos del hombre. Todas las sociedades, nacionales e internacionales, serán juzgadas por Dios y por la Historia sobre la base de este comportamiento. Los pueblos consideran que el derecho a la paz y a la seguridad es una exigencia fundamental para un desarrollo armonioso de las generaciones presentes y futuras. En efecto, la paz pasa por el desarrollo solidario y no por la acumulación de las armas o la incitación a la revolución.

El bien común exige que *la sociedad sea justa*; en efecto, una sociedad sin justicia está amenazada desde el interior y su paz está en peligro, pues es *opus justitiae*. Así pues, quien reflexiona sobre la realidad latinoamericana tal como ella se presenta actualmente —hace notar muy concretamente el Santo Padre— «no puede sino estar de acuerdo con esta afirmación: La realización de la justicia en este continente se encuentra ante un claro dilema: O se efectúa a través de reformas profundas y valientes, según principios que expresen la supremacía de la dignidad humana, o se efectúa... por las fuerzas de la violencia»³⁹.

30. Si quiere evitarse hacer elecciones inconsideradas o desastrosas, primeramente hay que reconocer y restituir a los pueblos de América latina su «justa responsabilidad sobre todos los bienes que han recibido de la naturaleza», y luego permitirles «realizar su desarrollo conforme a su espíritu propio»⁴⁰, contra toda forma velada de neocolonialismo. El objetivo de estas reformas audaces e innovadoras no podrá —según el Papa— expresarse únicamente a través de la colectivización de los medios de producción, que resulta una verdadera y única fuerza capitalista cuando se concentra en las manos del Estado, sino que deberá sobre todo ser el «permitir el acceso de todos a la propiedad, pues ésta constituye, en cierta manera, una condición indispensable de la libertad y de la creatividad del hombre, lo que le permite salir... de la alienación (y) colaborar con el bien común»⁴¹.

¡Venga, pues, el progreso, desea el Papa! No el progreso que amenaza con aplastar al hombre, sino el que le eleva en su dignidad por cuanto representa el resultado de un proceso de desarrollo integral.

Para la construcción de una sociedad a la medida del hombre, para la creación de la civilización del amor, la Iglesia ofrece a los pueblos del Tercer Mundo su colaboración entera, pero espera igualmente por su parte una voluntad firme, un compromiso total y desinteresado. Ella les dice: «¡No temáis por ir hacia adelante!... ¡Un mundo nuevo debe surgir, en nombre de Dios y del hombre! ¡No retrocedáis!... Estáis llamados a edificar el porvenir (de vuestros países), un porvenir de paz, de prosperidad y de concordia»⁴².

³⁹ A los «forjadores de la sociedad pluralista», Salvador de Bahía, n. 9; DC 1980/15, p. 778.

⁴⁰ A los obreros, Monterrey, n. 4; DC 1979/4, p. 190.

⁴¹ A los obispos del Brasil, Fortaleza, n. 6, 9; DC 1980/16, p. 804.

⁴² A los «forjadores de la sociedad pluralista», Salvador de Bahía, n. 9 y 2; DC 1980/15, pp. 774 y 772.

31. Sin embargo eso no basta, observa el Santo Padre: Es necesario poner en práctica *en el seno de la Comunidad internacional la ayuda recíproca* por la cual cada parte aporta su contribución constructiva al progreso de la humanidad. También los países ricos podrán beneficiarse de esta solidaridad. «Las naciones más antiguas y económicamente más avanzadas —decía el Presidente de Ghana— no se dan cuenta de que los países jóvenes tienen mucho más que ofrecer que el simple reparto de sus recursos naturales o la posibilidad de ser un mercado abierto para la salida de los productos de las naciones industrializadas». Con ocasión de su viaje a Africa, afirmó en varias ocasiones que «Africa tiene algo especial que ofrecer» a un mundo que deja entrever signos de fatiga y de egoísmo: El patrimonio de sus valores humanos, culturales y espirituales auténticos. Esta misma afirmación vale igualmente para el Continente latinoamericano.

«¿Para onde vais?» A partir de la respuesta a esta pregunta, el Papa, mirando al presente ha indicado a los pueblos, no sólo de Brasil, sino de toda la América latina, *la nueva vía que conduce a una sociedad justa y humana, a la luz de la primera bienaventuranza*. Su palabra ha llenado de alegría los corazones generosos y ardientes de los habitantes de este Continente. El pueblo sobre todo ha cantado su esperanza en aquel al que ha llamado «João da Deus».

Algunos meses antes, también la inmensa Africa, «el Africa de la pobreza», había ofrecido al Papa y al mundo el mismo espectáculo de alegría. Los pueblos de la «negritud» han danzado para el Papa. No era, como se ha dicho, folklore: Han danzado para el porvenir del mundo, para un mundo más humano y más cristiano.

Nota biográfica

El Cardenal Bernardin Gantin ¹ nació en Toffo, archidiócesis de Cotonou (Rep. Popular de Bénin). Ordenado sacerdote en 1951. Estudios de teología y de derecho canónico en Roma. Obispo titular de Tipasa de Mauritania y obispo auxiliar de Cotonou en 1956, y arzobispo de Cotonou en 1960 (primer africano nombrado arzobispo en tiempos modernos). Llamado al puesto de co-secretario de la Sagrada Congregación para la Evangelización de los Pueblos en 1971. De la Comisión pontificia *Iustitia et Pax* y del Consejo Pontifical «Cor Unum». Cardenal Diácono en 1977, y Presidente de estos dos organismos. Miembro de otros siete Dicasterios de la Curia romana, y nombrado por el Papa uno de los tres presidentes delegados en el Sínodo de octubre de 1980. Reside en Roma.

¹ Nombre que significa «árbol de hierro» de la tierra de Africa.